

(Traducción en español para Hispanoamérica)

Conexión CH, Suiza, 9 de agosto de 1990

El arte de quitar¹

Queridísimos:

Estamos aquí para la segunda Conexión mundial: agradecemos a Dios también hoy porque podemos estar unidos en todo el mundo. ¡Qué Jesús esté entre nosotros!

Dentro de dos días es la fiesta de santa Clara y, como ya es habitual cada año, nos reuniremos, por todas partes, en encuentros familiares, festivos y alegres. Así será también para muchos aquí en Suiza.

Pero este año deseáramos dar a esta celebración un significado más preciso. Sin descuidar las felicitaciones, que desde ahora quiero ya enviar a todas las personas de nuestro Movimiento que llevan por nombre Clara, quisiéramos que desde ahora en adelante, el 11 de agosto fuera una fiesta de la Obra, en la cual se agradezca a Dios por el año transcurrido. Una fiesta en la que - en medio de los cantos, danzas, mimos, espectáculos, dulces, etc.- se recuerden las grandes gracias que el Señor nos ha donado en los meses anteriores. Y esto también para alentarnos a mejorar siempre. Naturalmente, todo a la sombra y bajo la protección de la gran Clara de Asís que, desde los primeros tiempos, ha estado tan cercana a nosotros. En efecto, cada año recordamos un aspecto de su vida que nos ayuda a comprender mejor nuestra espiritualidad.

Así queremos hacer este año.

Clara se hizo santa por muchos motivos. Y no ciertamente por los últimos, por las durísimas penitencias. Era hija de su tiempo, cuando se pensaba que se debía ir a Dios a través de las penitencias, aunque luego, con san Francisco, modificó su pensamiento y su comportamiento, esforzándose en ir a Dios a través de la imitación de Cristo.

De todas formas hizo muchas penitencias, muchísimas, hasta enfermarse. ¿Qué nos dice este aspecto de la existencia terrenal de santa Clara de Asís? ¿Se necesitan realmente las penitencias para alcanzar la santidad? ¿Qué piensa Jesús, qué piensa la Iglesia?

“Cristo, que en su vida hizo siempre lo que enseñó, antes de iniciar su ministerio, pasó cuarenta días y cuarenta noches en oración y ayuno...”². Por lo tanto, por ejemplo, no abolió el ayuno. Es más, insistió mucho y sobre todo en la renuncia a sí mismo y en el llevar la propia cruz (Cf. Mt 10, 38-39).

¹ C.LUBICH, *Santificarse juntos*, Madrid 1994, p.51-54.

² PABLO VI, *Paenitemini*, in *Enchiridion Vaticanum II*, n. 631.

La Iglesia, por su parte, invita a todos los cristianos sin distinción a hacer también algún acto voluntario de penitencia.³

Nosotros –lo sabemos- seguimos el camino del amor, del amor a Dios proyectándonos en hacer su voluntad aunque sea dolorosa, y hacia los hermanos. En particular, vamos a Dios a través del hermano. Y es aquí donde encontramos la más amplia posibilidad de negarnos a nosotros mismos y llevar la cruz: pensando en los demás, ocupándonos de ellos, no pensamos en nosotros mismos, renunciamos a nuestro yo, estamos desapegados de nosotros mismos. Y esto, en modo particular, no sólo cuando el hermano es sensible y responde a nuestro amor, sino también cuando no lo es.

En efecto, si el hermano es, a menudo, causa de nuestra alegría, de aquella alegría sobrenatural que conocemos, amando, a veces es también nuestra cruz, nuestro Jesús Abandonado, al que debemos abrazar con todo el corazón.

Y ésta es verdadera penitencia.

Sin embargo, - ya lo dije, pero lo repito aquí dada la importancia del tema- puede suceder que para negarnos y lograr morir totalmente a nosotros mismos, no baste amar haciendo la voluntad de Dios aunque sea penosa cada día, y amar a los hermanos, sufrir por los hermanos. Permanece algo, algún apego: por ejemplo, a una idea propia, a un gusto propio, a una satisfacción, a alguna palabra o pensamiento inútil o superficial, a un libro, al dinero, a un programa de televisión innecesario, a personas, etc.

Entonces, es necesario perder, cortar. Y también ésta es renuncia, también ésta es cruz. Dice san Juan de la Cruz que aquél que no extingue sus apegos es como quien quiere caminar hacia Dios, es decir hacer el Santo Viaje, tirando de un carro por una subida⁴. Si lo hace, camina lentísimo o no logra subir.

Sí, porque hacerse santo es como esculpir. Decía Miguel Ángel que la escultura es “el arte de quitar”, del sacar astilla por astilla, pedazo por pedazo de mármol, de barro o de otra cosa, para hacer surgir una obra de arte. Se cuenta que una vez él, viendo un bloque, dijo: “En ese bloque está encerrado un ángel, quiero sacarlo”⁵. Y lo esculpió, quitando trozos.

También en nosotros está escondido Jesús, y debemos hacer que nazca y renazca. Y entonces es necesario sacar, del tosco bloque de nuestro yo, todo lo que hay que eliminar: amando se suprime el 99%, y perdiendo, quitando, se suprime el resto.

Probemos una y otra vez a vivir así en este período.

¡Queridísimos, no se puede alcanzar la santidad de cualquier manera! Es cuestión de afinar. Practiquemos entonces “el arte de quitar” sin duda, con el amor, y particularmente en este período, perdiendo.

Chiara Lubich

³ Cf *Ibid.* n.640.

⁴ Cf S. Juan de la Cruz, *Pensamientos*, 1965, n. 191.

⁵ R. CANTALAMESSA, *Maria*, Ed. Ancora 1989, p. 127.